

por el pueblo. Hay sobre todas esas presidencias un gobernador general nombrado por el rey de la Gran Bretaña.

La isla de Trinidad, también posesión de Inglaterra, es de todas las Antillas la más cercana al continente de América, hallándose poco al norte de la boca del Orinoco. Políticamente está unida a ella la de Tabago.

Antillas francesas.—Pertenecen a Francia las islas de Guadalupe, Martinica, San Martín, Marigalante, la Deseada y algunas más pequeñas de las Antillas menores. Tienen entre todas ellas 3.023 kilómetros cuadrados y unos 380.000 habitantes. Las producciones son idénticas a las de las demás Antillas.

Antillas danesas.—Las Antillas pertenecientes a Dinamarca son las de Santa Cruz, Santo Tomás (llamada generalmente Santomas) y San Juan. Tienen entre todas 22.000 kilómetros cuadrados y 30.000 habitantes.

Antillas holandesas.—Las Antillas pertenecientes a Holanda son las comprendidas en el grupo de Curaçao y San Eustaquio. Tienen, reunidas, una superficie de 1.032 kilómetros cuadrados y una población de 52.000 habitantes.

Islas Malvinas.—El grupo de islas llamadas de Falkland por los ingleses, que es el mismo más conocido entre nosotros por el de archipiélago de las Malvinas, se halla en el Atlántico Austral, a unas 300 millas al este del Estrecho de Magallanes. Se compone de dos islas grandes, la oriental y la occidental, y muchas islas pequeñas, todas las cuales juntas tienen una superficie de 16.800 kilómetros cuadrados, con 2.200 habitantes. Dedicase la población de esas islas a la ganadería y a la pesca.

Esas islas pertenecen a la Gran Bretaña, por más que la República Argentina pretende tener derecho a su dominio.

Archipiélago de la Tierra del Fuego.—La Tierra del Fuego, que está separada del extremo meridional del continente de América por el Estrecho de Magallanes, pertenece en parte a la Argentina y en parte a Chile. Esta última República posee su parte occidental y todas las islas que componen el archipiélago; la Argentina, la oriental. Es tierra muy fría y estéril, habitada por tribus de indígenas llamados fueguinos, que arrastran una existencia penosa y miserable. Sólo la pesca de la ballena y la caza de focas lleva a esas regiones algunas naves europeas o americanas.

Islas de Vancouver.—La isla de Vancouver está incluida entre los territorios que forman el dominio del Canadá.

CAPÍTULO IX

África.

AFRICA es la tercera en dimensiones de las cinco partes del mundo. Consiste en una inmensa península unida al continente del Asia por el istmo de Suez, hallándose rodeada en todo lo demás por el mar Mediterráneo, el Océano Atlántico, el Océano Índico y el mar Rojo. Este último la separa de Asia y el Mediterráneo de Europa.

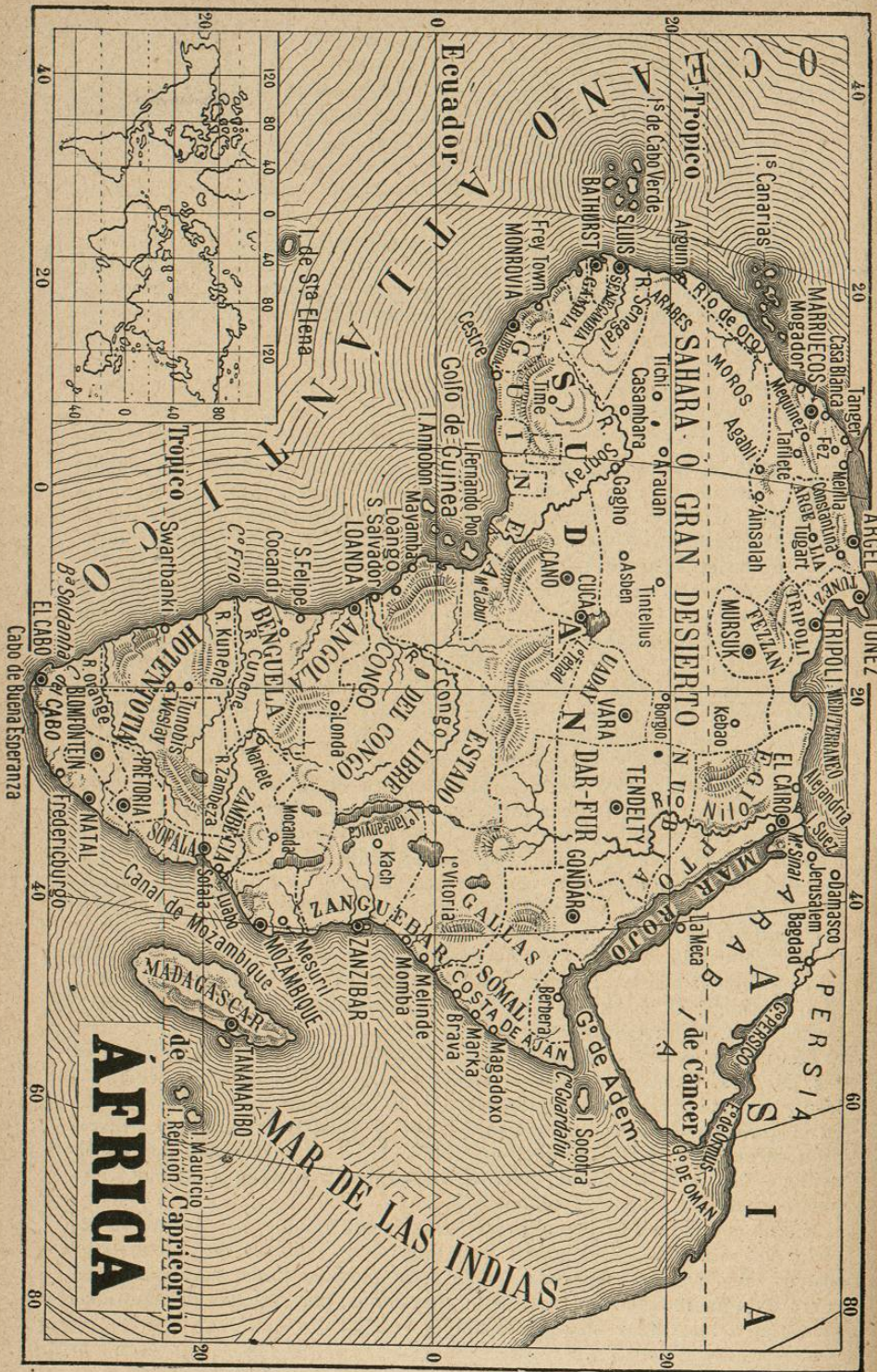
Con relación a su superficie, puede decirse, sin gran exageración, que toda ella está en la zona tórrida, pues de 1.333.000 leguas cuadradas que tiene de área, sólo 230.000 pertenecen a las zonas templadas: 198.000 a la septentrional y 44.000 a la meridional. Agréguese a esa circunstancia la de ser un continente macizo, por decirlo así, sin apenas golfos ni senos en las costas, cuyo contorno es una línea casi continua sin rodeos ni inflexiones, y se comprenderá que su clima debe de ser muy continental o extremado y sujeto a brusquísimos cambios.

Sus cabos principales son: el cabo Bon, en el Mediterráneo, cerca de Túnez; el cabo Nun, frente a las Canarias; el cabo Verde, en la costa del Senegal, frente a las islas de Cabo Verde; el cabo de Las Palmas, al comenzar la costa septentrional del golfo de Guinea; el cabo de Buena Esperanza y el de Agujas; muy cerca el uno del otro, en la extremidad meridional del continente, y el cabo Guardafuí, extremidad oriental del África, a la entrada del golfo de Aden.

Los golfos de África, más que tales, son grandes ondulaciones muy poco pronunciadas de la costa. Los más notables son: el de Trípoli, en el Mediterráneo; el de Guinea, en la costa occidental sobre el Atlántico, y el de Aden, en la entrada del mar Rojo.

Las islas más conocidas próximas al continente de África son: las Azores, Madera, Canarias y Cabo Verde, en la región del Atlántico vecina a la parte norte de la costa occidental; las de Fernando Póo y Santo Tomé, en el golfo de Guinea; las de Santa Elena y Tristán de Acuña, en la región meridional del Atlántico, que baña la costa occidental del continente, y las de Madagascar, Reunión o Borbón, Mauricio, Zanzíbar, Seychelles y Almirante, en el Océano Índico.

En el continente africano predominan notablemente las partes llanas sobre las montañas. Compónese casi todo él de llanuras de 600 a 3.000 metros de elevación, separadas de la zona también llana, pero baja, que corre todo en redondo de las riberas marítimas, por cadenas de montañas paralelas a la costa y no muy distantes de ella.



Puede considerarse dividida toda el África en dos partes por el paralelo 5° de latitud norte. De esas dos partes, la meridional es considerablemente más alta que la septentrional, pues mientras la altura media de ésta es de 400 metros, la de aquella otra no baja de 1.200.

A la parte septentrional de las dos dichas pertenece el Sahara, zona anchísima, arenosa y despoblada, que atraviesa el África de occidente a oriente, desde el mar Atlántico al valle del Nilo, y que se prolonga más allá del mar Rojo por el continente del Asia. A la misma mitad septentrional de África pertenecen también las montañas del Atlas que corren paralelamente a la costa septentrional del continente, formando dos cadenas: la del pequeño Atlas, que es la más cercana al mar, y la del grande Atlas, más interior, que limita por el norte la zona del Sahara.

El Sudán, otra ancha faja de tierra que va desde el Océano Atlántico al mar Rojo, bordeando el Sahara por el mediodía, pertenece también a la parte septentrional del África. La región occidental del Sudán es montañosa; la central, muy fértil y cubierta de bosques tropicales; la oriental o Sudán Egipcio va descendiendo en anchos escalones o mesetas hasta la orilla del mar.

En la parte meridional de África, hacia oriente, hay una vasta y altísima planicie que se extiende desde el Zambezi inferior hasta los lindes septentrionales de Abisinia, sobre la cual, y no lejos de la línea Equinoccial, se levantan los dos picos más altos del continente africano: el Kilimancharo y el Kenia, cuyas cimas se elevan 6.000 metros sobre el nivel del mar. Las montañas de Abisinia, cuya cumbre más elevada es el Ras-Dashan, que tiene 5.000 metros, ocupan la parte septentrional de esa meseta.

Otra meseta que está situada en la región central del continente africano casi coincide con la cuenca del río Congo, el cual tiene que despeñarse más de treinta veces por otras tantas cascadas antes de llegar al nivel del mar. Los montes Camerum forman el borde de esta meseta por el noroeste.

Otra tercera meseta tan extensa como la central va desde la línea divisoria de la cuenca del Congo hasta la costa meridional del continente. De ella parten los ríos Zambezi y Orange, que corren, respectivamente, hacia occidente y oriente, atravesando las cadenas de montañas que la flanquean.

Las principales montañas de África son: las del Atlas, que van desde el cabo Nun al cabo Bon, por el norte, y cuya cumbre más alta se eleva a unos 3.700 metros; las de Kong, que se dirigen desde el delta del Níger hasta cerca de Cabo Verde; las de Camerum, que, lo mismo que las anteriores, siguen la línea de la costa, yendo desde el golfo de Biafra, en el fondo del golfo de Guinea, hasta las bocas del Congo, y cuya cima más elevada está a 4.200 metros sobre el nivel del mar; las de Draken, en la extremidad sur del continente y sobre la costa del Océano Índico, que separan al Natal de la colonia del río Orange; las de Abisinia, que se levantan sobre una meseta de 2 a 3.000 metros de altura, y en la que hay varios picos de más de 4.000, y las de Kilimancharo, en que, como hemos dicho, están las cumbres más altas de África.

El Sahara es el desierto más vasto del mundo. Tiene de superficie 270.000 leguas cuadradas—triple que el mar Mediterráneo.—Su anchura de norte a sur es muy variable, pues mientras en el occidente de África se alejan bastante del mar sus lindes septentrionales, en Egipto llegan

los del desierto de Libia, que es el nombre que por allí tiene, casi a las bocas del Nilo. Puede calcularse su anchura media en unas 350 leguas y su longitud de oeste a este en 1.000. Se cree que es un antiguo mar desecado. Hay en él muchos oasis o manchas de tierra vegetal cubiertas de palmas y otros árboles. Algunos de esos oasis tienen cientos de leguas cuadradas de superficie. Un viento seco y abrasador suele barrer esas inmensas llanuras, levantando nubes de arena, que a veces sepultan a las caravanas que las recorren. Ese viento ardiente se llama *simún* en algunas comarcas africanas; *jamsín*, en Egipto, y por otros nombres, en otras. En España suele llamarse ábrego en unas partes, y solano en otras; en el mediodía de Francia, *mistral*; en ciertas regiones de Italia, *siroco*, y en Suiza, *föhn*, que hasta tan adentro de Europa llegan sus ráfagas.

No es el Sahara el único desierto extenso del continente africano, pues en su parte meridional hay otro llamado de Kalahari, que limita por el norte y el oeste los territorios del Transvaal y del Orange. Hállase en la tierra de los Bosquimanos y se extiende desde el río Orange hasta los 20° de latitud sur.

A ambos desiertos corresponden sendas cuencas interiores. La septentrional tiene una extensión de 500.000 leguas cuadradas y vierte sus aguas, y entre ellas las que lleva el río Shari, que es uno de los mayores de África, en el lago Chad; la meridional se derrama toda en el lago Ngami, en el que desagua, entre otros, el río Tioge, cuando lleva la suficiente agua para henchir su cauce, lo que sólo sucede en los periodos de lluvias, pues en tiempo seco se pierde en los arenales antes de llegar al lago. Hay en la parte meridional de África, a ambos lados de la línea Equinoccial, una vastísima selva de unas 400 leguas de anchura, muy semejante por su opulenta y exuberante vegetación tropical a la famosa del Brasil. La selva africana está cruzada por el río Congo, como la americana lo está por el Amazonas. En extensión, la americana es la primera del mundo; la africana, la segunda.

Hay en África varios ríos grandes y caudalosos. Los cuatro principales son: el Congo, el Nilo, el Níger y el Zambezi. En general, no se prestan tanto como los grandes ríos de América a la navegación interior, pues a causa del considerable relieve de las mesetas que constituyen el continente africano, casi todos ellos están cortados por cataratas. Es una de las causas que se oponen a la exploración del continente de África y que más contribuyen a hacerlo inaccesible.

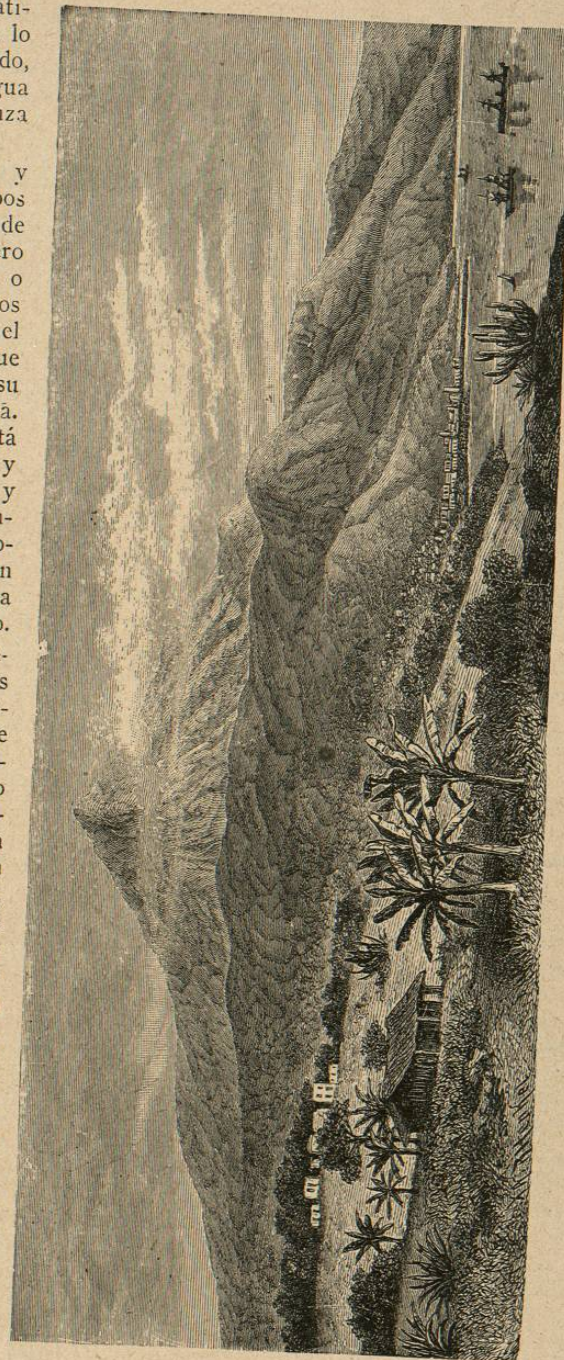
El más largo de esos cuatro ríos es el Nilo, que desagua en el Mediterráneo, y cuya longitud se calcula en unas 1.200 leguas, teniéndosele hoy por el más largo de la Tierra; pero el más caudaloso es el Congo, que tiene unas 1.000, y que se derrama en el Atlántico. A éstos sigue el Níger, que desemboca en el golfo de Guinea, y tiene unas 830, y después el Zambezi, que corre al Océano Índico.

El Nilo está formado por dos grandes ríos: el río Blanco o Guadalaviar, que tiene su origen en el lago Nyanza, y el llamado Victoria por los ingleses, que sale del lago también llamado por ellos Victoria Nyanza; pero su afluente más remoto hacia el mediodía, y que debe ser considerado, por lo tanto, como su verdadero manantial, es el río Shimiyu, que nace hacia los 5° de latitud sur. Al llegar el Guadalaviar a la altura de Jartúm (15° latitud norte) se le junta el Guadalareque (o río Azul), y hacia los 18° el Atbara (o río Negro). De ahí en adelante no recibe ningún tributario, debiéndose a ello y a la gran evaporación que el calor del Sol

produce en esas latitudes, que el Nilo, lo mismo que el Indo, vaya perdiendo agua cuanto más avanza en su curso.

Los ríos Azul y Negro nacen ambos en las montañas de Abisinia (el primero en el lago Dembea o Tsana), siendo ellos los que arrastran el cieno negruzco a que el Egipto debe su fertilidad asombrosa. Entre uno y otro está la sexta catarata, y entre el río Negro y Asuán, las otras cinco, que hacen imposible la navegación del Nilo más arriba de ese último punto.

El Nilo crece periódicamente todos los años, inundando vastos espacios de tierra en su curso inferior y convirtiendo al bajo Egipto, cuando las aguas llegan a su más alto nivel, en una inmensa laguna, de cuya superficie sobresalen las ciudades, aldeas y habitaciones, edificadas para el caso sobre eminencias naturales o artificiales. A esas inundaciones, que comienzan todos los años hacia mediados de Junio y llegan a su apogeo tres meses después, debe el Egipto, no sólo ser uno de los países más fértiles de la Tierra, sino su propia existencia, pues todo su territorio está formado por los sedimentos que el Nilo



Pico de Teyde (Tenerife).

ha ido depositando en el curso de los siglos. Sin esas inundaciones no existiría el Egipto, y dado que existiera, sería completamente estéril, pues son en él rarísimas las lluvias no recibiendo su territorio otra agua que la que el Nilo periódicamente le aporta con sus crecidas.

Antes de desaguar en el mar se divide el Nilo en varios brazos, formando lo que llamaron los antiguos griegos *delta* por su figura semejante a la de la letra de ese nombre, tercera de su alfabeto, nombre que se ha generalizado para designar todas las bocas de ríos en que se presenta análogo fenómeno, muy común, por otra parte, en los ríos caudalosos. La cuenca del Nilo abraza 166.000 leguas cuadradas, que es tanto como la mitad de la Australia o como siete veces la superficie de toda nuestra península, y el delta unas 1.000. El Congo, que es 200 leguas más corto que el Nilo, tiene una cuenca casi tan extensa como él y es mucho más caudaloso, pues lleva tanta agua como todos los demás ríos de África juntos, siendo sólo inferior en ese concepto al Amazonas y al Me-Kong. Nace en los altos territorios que hay al norte del lago Niasa y desagua en el Océano Atlántico hacia los 7° de latitud sur, al mediodía del golfo de Guinea. A la altura de las cataratas por que se despeña para bajar desde la alta meseta central a la costa, ya tiene como una legua de anchura y dos en la única boca por donde desagua, siendo el único de los grandes ríos africanos que tiene un verdadero estuario.

El Níger nace en el monte Loma, perteneciente a la cadena del Kong, que bordea la costa occidental de África; se dirige primero hacia el noreste hasta llegar cerca de Tumbuctú y desde allí al sur hasta desaguar en el golfo de Guinea. A unas 30 leguas del mar se divide en varios brazos para formar su delta. Éste abarca una superficie de 1.800 leguas cuadradas, distando entre sí las bocas de sus brazos exteriores unas 70. Es navegable para barcos de no mucho calado hasta su confluencia con el Benue, y todavía hasta más arriba en las épocas de las crecidas.

El Zambezi es la gran arteria fluvial del mediodía de África. Tres grandes ríos: el Lungeburgo, el Liba y el Liambie, contribuyen a formarlo. Las cataratas Victoria, que se hallan hacia el centro del continente por aquella parte y en la medianía del curso del río, son todavía más imponentes que las famosas del Niágara. El río, que tiene por allí una anchura de dos kilómetros, se reduce a unos 60 metros y se precipita por una sima formada por dos peñas tajadas que se atraviesan en el fondo de su cauce, pareciendo como si se lo tragase la tierra. El río, después de su caída, que no tiene menos de 122 metros de altura (casi triple que la del Niágara), queda encerrado en el fondo de la sima en un espacio de unos 15 metros, de donde se escapa, rugiendo, con velocidad tremenda.

El estruendo que hacen las aguas al despeñarse y la nube de vapores que levantan se perciben desde muchas leguas, y causan tal terror a los hombres y a los animales, que ningún ser viviente se atreve a acercarse a la catarata. Los mismos naturales de la comarca parecían ignorar la causa de aquel estruendo y de las cinco columnas de vapor que a lo lejos se descubren, cuando vió por primera vez, en 1854, la catarata el célebre explorador Livingstone, pues le preguntaron si había en su tierra humo que hiciese ruido. Nunca se habían acercado lo bastante para cerciorarse de la causa de ese ruido y de ese humo que tanto les llamaba la atención, contentándose con indicar desde muy lejos el lugar del fenómeno, diciendo: «mosi oa tuña» (humo que suena allí).

Desagua el Zambezi en el canal de Mozambique que forma el Océano Índico entre el continente de África y la cercana isla de Madagascar, después de recoger las aguas de una cuenca tres veces mayor que Francia.

Además de esos cuatro grandes ríos debemos mencionar como muy importantes: el Senegal, el Gambia, el Coanza, el Orange, el Limpoyo y el Tuba. De ellos, el Senegal, el Gambia y el Coanza son navegables hasta unas 150 leguas tierra adentro. Del río Orange toma su nombre uno de los dos Estados boers del sur de África, así como del Vaal, que es uno de sus afluentes más caudalosos, el otro. La cuenca del Orange tiene una superficie de 44.000 leguas cuadradas, que equivale a doble que la de Francia, y la del Limpoyo, de 20.000.

Después de la América del Norte no hay continente que contenga tantos y tan grandes lagos como el África. Algunos de ellos son verdaderos mares de agua dulce. Todos están agrupados en la región oriental y meridional del continente. Los mayores son: el Victoria Nyanza, el Alberto Nyanza, el Tangañika, el Nyasa y el Bangweolo, también llamado Bemba. Ya hemos hablado anteriormente del Chad y del Ngami, que son centros de cuencas interiores y sin salida ninguna al mar.

El Victoria Nyanza y el Alberto Nyanza alimentan la corriente del Nilo. El primero, que tiene unas 2.200 leguas cuadradas, o sea tanta superficie como la mitad de Inglaterra, está a 1.200 metros sobre el nivel del mar, y el segundo, cuya extensión viene a ser la cuarta parte del anterior, a unas 800. El lago Tsana, que está a poco menos de 2.000 metros de elevación en la meseta de Abisinia, se derrama también en el Nilo.

Al lago Tangañika, que tiene una superficie de más de 1.000 leguas cuadradas, no se le ha encontrado salida, suponiéndose que sea, como el Chad y el Ngami, centro de una cuenca interior. Hállase a una altura de 900 metros sobre el nivel del mar.

El lago Nyasa, que, con el Shirwa, contribuye a formar el río Zambezi, tiene 117 leguas de largo por 13 de ancho y 200 metros de hondo, por término medio. Está a 500 metros de elevación sobre el nivel del mar y es abundantísimo en pesca. En sus cercanías, por el noreste, se levanta una cadena de montañas cuya altura media es de 3.200 metros.

El lago Bemba o Bangweolo alimenta al río Chambeze, afluente del Congo. Tiene 50 leguas de largo por 25 de ancho, y está a una altura de 1.200 metros. Abunda extraordinariamente en pesca, habiendo más de 30 especies de peces en sus aguas. Está rodeado de bosques en que hay grandes rebaños de búfalos, cebras y elefantes.

El lago Chad, centro de una vasta cuenca interior, ocupa una superficie de más de 1.000 leguas cuadradas en la estación seca y 3.000 en la lluviosa. Los cocodrilos, los hipopótamos, los elefantes y los rinocerontes, en manadas de centenares, son los habituales huéspedes de sus aguas y de sus orillas. Hállase a unos 350 metros sobre el nivel del mar.

El lago Ngami no es muy grande, pues sólo tiene unas 17 leguas de largo, pero crece muchísimo en la estación lluviosa. Como el anterior, es el centro de una cuenca sin salida al mar, y como él, ocupa una comarca plagada de elefantes, hipopótamos, rinocerontes, antílopes, búfalos y jirafas. En sus aguas hay cocodrilos enormes.

África no es sólo extremadamente cálida, sino seca, porque los vientos que le llegan del mar se desprenden de su humedad en las altas cadenas de montañas que bordean las costas, y los del este llegan a ellas después de atravesar todo el continente asiático y el de Australia. Las

regiones más calurosas de África no son las cercanas al Ecuador, que están protegidas por una vegetación tropical exuberante, sino las de las comarcas de su mitad septentrional pertenecientes al desierto de Sahara o vecinas de él. No es, sin embargo, cosa muy extraordinaria nevar en las mesetas de Argelia, Marruecos y otras regiones ribereñas del Mediterráneo, aunque es rarísimo, casi fenomenal, que suceda en la misma costa. En general, el clima de la mitad meridional de África es más fresco que el de la septentrional, debido a su mayor altura sobre el nivel del mar. Las tierras bajas de la costa occidental son en extremo cálidas, húmedas y, por lo tanto, insalubres, por recoger toda el agua que llevan las nubes arrastradas por los vientos del Atlántico, de que se desprenden al chocar en las altas mesetas y montañas que rodean a la costa, fenómeno análogo al que se produce en el Teral, en las faldas del extremo oriental del Himalaya.

La vegetación de África es distinta en sus diversas regiones. En las septentrionales al Sahara predomina la palma del dátil, de la que hay muchísimas variedades. Este árbol, por buscar el agua con sus raíces a muy grandes profundidades, es propio de climas secos y terrenos arenosos. Su verdadero clima no es precisamente el de las comarcas más septentrionales de África, donde se dan muy bien las cereales y otros productos de los climas templados, sino el de las situadas al mediodía del Atlas y dentro del mismo Sahara. Para los habitantes de estas comarcas es el dátil la base de la alimentación, tanto de ellos mismos como de sus camellos y caballos.

En el Sudán prosperan el baobab, el algodón, las palmas de aceite y de sagú y la caña de azúcar, y en el sur de Abisinia el café. En la selva del valle del Congo, la vegetación tiene el carácter completamente tropical de la selva del Amazonas y de las islas del archipiélago malayo. Árboles colosales de maderas durísimas, plantas trepadoras, bejucos de todas clases y tamaños, tan gruesos algunos como árboles, y otros vegetales semejantes se entrelazan y cubren el suelo sin dejar llegar a él los rayos del Sol.

África es la patria de los mayores cuadrúpedos y lagartos conocidos. Entre los paquidermos citaremos: el elefante, que no es enteramente idéntico al de la India, y que en África no está hoy domesticado, aunque sí lo estuvo antiguamente; el rinoceronte y el hipopótamo, que es exclusivo del continente de que estamos tratando. Son también característicos de él los antílopes, de los que hay más de 70 especies, desde el tamaño de una liebre al de un buey, y los avestruces, que han calificado algunos de camellos con plumas. De los grandes monos antropoides, el gorila y el chimpancé son también naturales y propios de África, así como otras muchas especies de monos de mediano y pequeño tamaño. Entre los carnívoros abundan los leones, leopardos, hienas y chacales; pero faltan los tigres, tan comunes en la India, y son rarísimos los lobos y los osos. Los cocodrilos de África son mucho más corpulentos que los caimanes americanos; pero las serpientes son mucho menos comunes en África que en América y la India.

Todos los animales domésticos de Europa, o son también naturales de África o están aclimatados en ella. En sus regiones septentrionales y en el Sahara son abundantísimos y excelentes los caballos y los camellos. Estos últimos prestan servicios inapreciables a los beduinos como bestias de carga. Es animal de una sobriedad increíble y que se conforma con

los más groseros alimentos, y cuya resistencia a la fatiga, y especialmente al calor y a la sed, lo hacen insustituible para atravesar los desiertos; suele llamarse «la nave del desierto». En el África Austral abundan también muchísimo los caballos, y tanto en esa región como en la oriental del continente es común la cebra o asno salvaje. Hay también en África muchas variedades de pájaros: unos notables por su canto, otros por su plumaje, y muchísimas aves acuáticas en sus lagos.

Las regiones conocidas del continente de África son abundantísimas en minerales, de cuyas minas o filones sólo algunos se explotan. Hay hierro, carbón, cobre, estaño, plomo, plata, oro y diamantes; pero apenas se benefician en grande escala otras minas que las de oro y diamantes, de las cuales las del Transvaal y territorios vecinos pasan hoy por las más ricas del mundo. Las minas de diamantes de Kimberley regulan el precio de ese artículo en el mercado universal.

La población de África se calcula en 200.000.000, más por conjeturas que por datos seguros y positivos, que no es posible tener respecto a un continente tan imperfectamente explorado y conocido. Pertenece esa población a multitud de razas muy poco estudiadas en su mayor parte y muy mal clasificadas, por consiguiente.

Los naturales de las regiones septentrionales del continente comprendidas entre el desierto de Sahara y el mar Mediterráneo pertenecen a razas muy mezcladas, en las que parecen predominar elementos semíticos. Los fenicios, griegos, romanos, vándalos y árabes fundaron sucesivamente colonias en esas regiones o las dominaron por completo, mezclándose con los primitivos naturales libios, nómadas y berberiscos. En Egipto, que también fué muchas veces conquistado por pueblos extraños, como etíopes, persas, griegos, romanos, árabes y turcos, la primitiva población parece representada hoy por los coptos, a cuya raza pertenecen los felahs o campesinos, que forman la masa general del país. En Abisinia o Etiopía, así como en Somalilandia, la antigua población indígena parece haberse mezclado con los árabes que moran en la opuesta orilla del mar Rojo.

Los tuaregues, pueblo cuyo verdadero origen no está bien conocido, pero en el que la raza árabe tiene gran parte, habitan en los oasis del Sahara, divididos en multitud de tribus, desde el Egipto hasta las comarcas más occidentales de África.

Entre los naturales del mediodía del continente se encuentran los hotentotes, los bosquimanos, los bantúes, los cafres, los zulúes, los bechuanas y otros pueblos, que aunque de tez muy oscura, no comprenden los etnólogos entre los negros, nombre éste que reservan para designar a los mandingas y otros infinitos pueblos naturales del Sudán o Nigracia y pertenecientes a muy distintas razas, entre las cuales viven también los fulas, fellatas y hansas, pueblos mahometanos no pertenecientes a razas negras y los más belicosos de cuantos pueblan el África tropical, pero acerca de cuyo origen se sabe muy poco. A los pueblos mahometanos suelen pertenecer los príncipes y clases directoras de muchos Estados negros, indicio evidente de antiguas guerras y conquistas que dieron a aquellos primeros el señorío sobre los territorios y sus primitivos moradores, representados al presente por las clases humildes y serviles de esas sociedades.

A todos estos pueblos naturales de África o naturalizados en ella desde hace muchos siglos hay que agregar los europeos y sus descendientes.

los cuales vienen fundando establecimientos y colonias de dos a tres siglos a esta parte en el litoral africano. Entre ellos merecen especial mención los boers, nombre holandés que significa campesinos (en inglés *boor*, en alemán *bauer*), descendientes de los colonos holandeses establecidos en el siglo XVII en el cabo de Buena Esperanza, y que en nuestro mismo tiempo emigraron al interior del territorio, fundando las Repúblicas del Transvaal y de Orange; los portugueses establecidos en la colonia de Lorenzo Márquez y en otras comarcas del litoral africano, y los ingleses, alemanes, franceses y otros, diseminados en pequeños grupos por diversas regiones de la costa.

Los naturales de toda la mitad septentrional de África hasta el lago de Chad y los de la costa oriental hasta las bocas del Zambezi, con excepción de algunos egipcios y de los abisinios, son mahometanos. Una parte de los felahs de Egipto y los abisinios pertenecen a la Iglesia cristiana copta, cuyo origen se remonta al primer siglo del Cristianismo, y cuyo pontífice es el patriarca de Alejandría. Todos los demás pueblos del África occidental y meridional no mahometanos son fetichistas, o sea adoradores de las fuerzas y fenómenos de la Naturaleza, representados por animales o por ciertos ídolos groseros llamados fetiches.

Casi todo el continente africano está repartido entre varios Estados de Europa que, de común acuerdo, se atribuyen soberanía o lo que se ha convenido en llamar protectorado sobre vastísimos territorios, prolongación hacia el interior del continente de los que efectivamente poseen en las costas; pero tal dominio sobre territorios casi completamente desconocidos y sobre pueblos más desconocidos todavía, ignorantes, por lo general, de esa protección que se les dispensa, o cuando menos de lo que verdaderamente significa, y quizá no dispuestos a aceptarla, tiene mucho de ilusorio, sin duda alguna, como lo demuestran las continuas guerras que tienen que reñir los alemanes, ingleses, franceses y otros colonos europeos establecidos en las costas cuando pretenden internarse en el país.

Para el estudio geográfico del África puede considerársela dividida en las partes siguientes, de las cuales unas son Estados políticos constituidos; otras, dependencias más o menos efectivas de Estados extraños, y otras terceras, meras expresiones geográficas:

Marruecos, Argelia, Túnez, Trípoli, Egipto, Sudán Egipcio, Abisinia, Somalilandia, Sudán Superior, Sudán Inferior, África Oriental, África Central, África Meridional, África Occidental, Madagascar, Zanzíbar y demás islas.

MARRUECOS.—Es el más occidental de los Estados africanos de la cuenca del Mediterráneo, perteneciendo a la del Atlántico gran parte de sus costas. Tiene de superficie unos 570.000 kilómetros cuadrados (unas 18.500 leguas cuadradas de a 20 el grado), que viene a ser, con corta diferencia, la de nuestra península. Su población, que según unos, está reducida a poco más de 5.000.000 de habitantes, llega, según otros, a 10.000.000.

Explicación de la lámina siguiente: Algunos monumentos de Marruecos.—1. Bab-El-Atari (Alcazarquivir).—2. Mezquita de Aisagua (Tánger).—3. Entrada al Bazar (Marruecos).—4. Fuente del Almúedano.—5. Puerta de la Mezquita Mayor (Tánger).—6. Puerta de Pagma (Fez).—7. Murallas y puerta de la ciudad (Fez).—8. Puerta Babel-Sebal (Salé).—9. Puerta y alminar de la Mezquita Mayor (Tánger).—10. Palacio (Fez).

